



CORDOBA.

Esta ciudad famosa fué un tiempo el centro de la galantería mora, y la mansión de las artes y las ciencias: baña sus murallas el Guadalquivir, y la domina una cadena de montañas siempre cubiertas de verdura, que forman parte de Sierra-Morena: es en extremo antigua, y muy ilustre desde el tiempo de los romanos que la conocieron con el nombre de Córdoba ó Colonia Patricia, y á veces se empleaba solamente para designarla, esta última palabra, como se observa en muchas medallas, é igualmente en la inscripción de un mármol antiguo, del cual se ha hecho una pila de agua bendita, que se encuentra en la iglesia de Santa Marina.

D. M. S.
M. LUC RETYUS. VERNA PATRY
CIENSIS ANN. LV
PIUS IN SOUS. H. E. S. SIT. T. T.
LEVIS.

No conserva esta ciudad de su antigua grandeza otra cosa que la famosa mezquita comenzada por Abderramén II en el siglo VIII, y acabada por su hijo Isen, la cual luego que fué recobrada la ciudad de los moros por el santo Rey D. Fernando, en 29 de junio de 1236 se convirtió en catedral; pero se asegura que hoy solo está en pié la mitad del edificio, que sin duda sería una de las mas maravillosas obras del mundo, si su elevacion correspondiese á las demas dimensiones. Tiene 600 pies de longitud y 250 de latitud; en la primera direccion tiene 29 naves y 19 en

la segunda: 17 puertas cubiertas de arabescos y otros ornamentos de escultura en bronce, dan entrada á este suntuoso templo: sus bóvedas estan sostenidas por 360 columnas de alabastro, de jaspe y de mármol negro, de pié y medio de diámetro y 30 de altura. Una de ellas tiene la propiedad de espedir un olor en extremo fétido cuando se frota con un hierro; es de una piedra esponjosa, cuyo nombre se ignora. Consérvase aun en toda su sencillez y antigüedad la capilla en que aseguran estuvo depositado el Alcoran, la cual está llena de inscripciones árabes.

La capilla mayor y su magnífica cúpula bastarian para formar una soberbia iglesia; tal es su grandeza y majestad; tiene ocho columnas corintias de jaspe sanguíneo; su coronacion y las demás obras de escultura de que está adornada son de la misma piedra. El tabernáculo es una obra maestra del arte; figura una especie de templo cuyo media naranja está rodeada de hermosas estatuas de bronce dorado, que representan los apóstoles. Las columnas que la sostienen son de jaspe vetado y con manchas de mil colores. Esta capilla dentro de la cual está el altar mayor y el coro fué construida en 1560 por uno de los hijos del emperador Maximiliano, obispo entonces de esta diócesis. La escultura del coro es una de las cosas mas admirables que existen en este género; fué su autor el célebre artista D. Pedro Duque Cornejo, el cual invirtió en ella diez años, habiéndola concluido en 1787 y dándole el cabildo en recompensa cien mil escudos. Pocos dias sobrevivió á su obra; murió á la edad de 80 años, y fué sepultado cerca del coro: en la losa de
16 DE JULIO DE 1848.

su sepulcro se lee un epitafio que hace honrosa mención de sus talentos.

La plaza principal de Córdoba es magnífica por su estension y por la altura y regularidad de las casas que la rodean.

Todos los que han escrito sobre esta ciudad la llaman madre de grandes ingenios, y en los primeros siglos de su fundación hubo en ella una universidad en que se cultivaban todas las ciencias, y en la cual como dice Strabon se guardaban los libros antiguos de los turdetanos, sus poesías y sus leyes escritas también en verso.

No fué menos célebre esta universidad en la filosofía, la oratoria y la moral, en tiempo de los romanos, pues que había en ella hasta una cátedra de griego. Aquí fué donde estudiaron el Viejo Séneca, que compuso el libro de la manera de persuadir; Lucio Antonio Séneca, preceptor de Neron; Gallio, famoso orador; Acilio Lucano, célebre por su elocuencia, y abuelo materno del poeta Lucano; Porcio Ladró, famoso, tanto en Roma como en Córdoba, por su oratoria, y del que tan solo ha llegado á nosotros una arenga; Manelo, maestro del viejo Séneca; Lucano, tan conocido por su farsalia; Séneca, apellidado el trágico, para distinguirlo del filósofo, y Séneca el historiador, que escribió el compendio de historia Romana, el cual es conocido bajo el nombre de Floro. Ciceron en la defensa de Archias hace mención de infinidad de poetas famosos de Córdoba, entre los cuales cuenta á Sextilio Itana, de quien solo se ha conservado un elogio en que lamenta la muerte del orador romano.

En tiempo de los moros conservó la universidad de Córdoba la reputación que antes adquiriera; *Avempas* y *Algazel*, filósofos, de quienes hace mención santo Tomás, explicaron en ella la moral, igualmente salieron de allí los dos profundos eruditos entre los árabes *Alialbohacen* y *Aliaben-Ragel*. *Abenzual*, apellidado el Sabio, grande astrónomo, filósofo y médico, se formó en sus aulas, en las que también aprendieron los treinta filósofos y médicos que ordenaron las obras conocidas bajo el nombre de *Avicena* como dice Garibay, las cuales, por haber sido dedicadas á este príncipe, se creyó ser compuestas por él. Cuenta además Córdoba en el número de los sabios moros que en ella vieron la luz primera á *Abermarcar*, Abiamo y Mesaico, médicos, astrónomos y filósofos; á Rashez Almanzor conocido por una multitud de obras, harto curiosas, de medicina, y por la historia de la conquista de España; á *Aberroes*, llamado por excelencia el comentador, y finalmente á *Aben-Ragid* que escribió la famosa obra titulada *division y conquista de España*.

Ha sido también patria esta ilustre ciudad de Ginés de Sepúlveda, del célebre Fernando de Córdoba, de Luís de Góngora, Francisco de Toledo, y de otros muchos hombres insignes en virtud, letras y armas.

Está á 22 leguas N. O. de Sevilla, 34 N. de Málaga, 70 S. S. O. de Madrid. Long. 43. 48. Lat. 37. 42.

N. P.

DE LAS LEYENDAS Y CUENTOS POPULARES.

En todas épocas y naciones han sido los cuentos acogidos con placer, y los ha habido de todas clases, mitológicos ó religiosos, profanos, morales, históricos, políticos, fantásticos, y de otras varias especies.

Son los mejores sin contradicción aquellos cuyo origen es desconocido; los que de tiempo inmemorial giran por el mundo desde el Norte al Mediodía, y desde Levante á Poniente, produciendo en todas partes emociones de horror, de compasión, de curiosidad y de placer. Los de este género agradan á todos, porque son obra de todas, porque son el producto de la imaginación de todas las edades y de todas las condiciones. Efectivamente, cuando ramamos y comparamos en nuestra memoria aquellas leyendas anónimas que han causado la felicidad de nuestra niñez, y que continúan produciendo un agradable placer en nuestra imaginación durante nuestra vida, hallamos, no sin sorpresa, una multitud de relaciones y de caracteres de semejanza, que nos inducen á creer que hayan tenido todas un origen común, un punto céntrico, por decirlo así, en donde hayan nacido. Pero, ¿cuál es este punto? ¿Debemos suponer que daten todas estas historias de aquel tiempo en que el género humano no era mas que una sola familia? Hoy empero es como un caudaloso río que atraviesa el universo del uno al otro estremo, saliendo de un oculto manantial, y donde acuden con una ansia á saciar su sed millares de pueblos diferentes. Ese río, sin embargo, no es igualmente puro ni caudaloso en toda la línea que traza su corriente; sus orillas presentan bien diferentes aspectos; sus aguas no tienen en todas partes el mismo temple ni la misma pureza; aquí reflejan el ardoroso cielo de Egipto, allí las centenas nubes de la Escocia, allá el azul trasparente de la Italia y de la Grecia, las tierras que surca este río varían otro tanto que las nubes que le cubren; pero sin embargo es uno solo, se le reconoce en cualquiera parte por poco que se fije la atención.

¿Qué interesante sería el libro que reuniese y comparase todas las leyendas de las diversas naciones del mundo, del género á que nos referimos! ¿Cuántos puntos del contacto se notarían entre naciones, hombres, y cosas que se han creído enteramente diferentes! Sin duda que los sabios hallarían amplia materia para formar sistemas al descubrir rastros irrecusables de la mitología griega entre los salvajes de las islas del mar del Sud ó en los ocultos países de la América. Habría en efecto materia suficiente para trastornar y confundir toda la erudición histórica, y mas de lo que se necesitaría para conocer la necesidad de hacer de nuevo cuanto se ha escrito sobre este objeto. ¿Qué cosa mas interesante, por otra parte, que ver levantar el velo bajo el cual se ha conseguido dar forma diferente á cosas idénticas en el fondo, y descubrir así los canales secretos por donde la misma leyenda ha pasado de la Biblia á Homero ó á Ovidio!

Muchos ejemplos pudiéramos citar que servirían de prueba á esta asercion; nos contentaremos, sin embargo, con algunos que serán suficientes á nuestro objeto.

El genio del mal, enviado por Hécate para intimidar á los hombres solo tenía un pié, y era pié de asno; el diablo de los modernos es conocido en Alemania por su pié de caballo; en Francia por su pié de macho cabrío, y en todas partes por pié de esta naturaleza como Pan, los Faunos y los Sítiros. Los escoceses de las tierras altas tienen también su demonio á quien llaman *Quirisk*, es decir, hombre salvaje. Frecuenta las cercanías del lago Katrin, y dá su nombre á una caverna de que habla Walter-Scott en el canto tercero de la Dama del Lago; acerca de lo cual dice este poeta en una nota, que la tradicion le atribuye una forma que participa á la vez de la del macho cabrío y de la del hombre, y (aunque esto deba causar sorpresa á los lectores clásicos) de todas las atributos del Sítiro griego.

No es este el único recuerdo mitológico que se conserva en las montañas de Escocia: la aventura de Niso y de Ernyale, que ya es una imitación de la expedición de Ulises y de Diomedes, se halla igualmente en Osian, lo que ha suministrado, y con razon, la prueba de que Macpherson ha sido el único y verdadero autor de las poesías atribuidas á aquel personaje: así como se ha demostrado también que Mac-

pherson era tan buen poeta como mal falsario, porque ya que no ha querido confesar su identidad con el bardo del siglo III, no hubiera debido darle á conocer tan patéticamente con Plagio semejante. Pero hé aquí uno mas admirable todavía, cuya explicación abandonó á los hábitos críticos. No será necesario que yo refiera extensamente la historia de Ulises en la aventura de Polifemo, ni como el príncipe griego, después de haber embriagado, dormido y cegado el ciclope, se libró de su venganza con el auxilio de una especie de equívoco de no muy buen gusto. Había dicho al gigante que se llamaba *Nadie*; y cuando los ciclopes, acudiendo á los gritos de su hermano le preguntaron quien le había herido, este respondió: *nadie*. Este insulto cuento parece que no ha sido invención de Homero; quien lo ha incluido en la *Odisea*, sin duda como una leyenda que circulaba en su tiempo. Hay otro gaelico, en que entran como principales personajes un molinero y el *París* de que hace poco hemos hablado. El molinero quiere vengarse del diablo porque este no pasa noche en que no le juegue alguna mortueta, ya quitando el agua al molino, ya haciendo por el contrario que anden las ruedas cuando no tienen grano que moler, hasta que cansado de tanta burla se pone en acecho, le atrapa, y cuando le pregunta cómo se llama, el diablo le dice que su nombre es *Yo*. El resto ya se adivina: es la historia de Polifemo, acomodada á los usos y costumbres de los habitantes de aquellas montañas.

Y ¿qué diremos? ¿que aquellos montañeses oscuros y separados del resto de la tierra, han tomado este pasaje de Homero, le han traducido en gaelico, y se han combinado todos para poner en confusión á los filólogos de los otros países y engañarles con una falsa leyenda popular?...

Walter Scott, que hace mención de esta coincidencia en su historia de la demonología, añade: «He oído decir tambien que el celebre Rob-Roy consiguió una victoria vistiendo parte de sus soldados con pieles de macho cabrío, para que se juzgase que eran otros tantos *Oursik* ó sátiros de las montañas. Y esta astucia, preguntó yo ¿le sería sujerida á Rob-Roy por la de Ulises, cuando hizo que él y los suyos pasasen por otros tantos carneros queriendo escapar de la cueva del ciclope? Los sábios responderán que no debe despreciarse del todo semejante hipótesis, y traerán á cuento el pasaje de los *Comentarios de César* en que asegura que los caledonios usaban un alfabeto muy aproximado al alfabeto griego, y tanto que Macpherson tuvo al principio intención de imprimir el texto de Osian en dichos caracteres, lo que no hizo únicamente porque quiso que esta obra pudiese ser leída por mayor número de personas. ¿Será por tanto imposible, dirán, que en otro tiempo hayan circulado en Caledonia las obras de Homero? Seguramente que esto es menos imposible que el que los sabios consientan en no dar razon de todo, ó en confesar que ignoran alguna cosa.

Pero ya que estamos en Escocia, hablaremos de la rara profecía empleada por *Shakspeare* en *Macbeth*. En el acto 4.^o escena de las brujas, un niño coronado predice á *Macbeth* que será invencible hasta el día en que el bosque *Birnam* marche hacia el castillo de *Dunsinon*. Ya se sabe de qué manera se cumplió á la letra esta predicción por la estratagemá de *Malduff*.

No muy lejos de Marbourg ha conservado el pueblo la tradición de una historia muy parecida á esta, relativa al *Christenberg*. Dicen que en otro tiempo habíase habitado este antiguo castillo por un rey, con su mujer y su hija; que este rey, cuyo nombre no se sabe, tenía por enemigo otro rey llamado *Grunevald* (que significa *Bosque verde*): que habiendo sitiado el castillo, la princesa no por eso dejaba de alentar á su padre y de darle buenas esperanzas hasta el 1.^o de mayo; pero que la noche anterior á este día había sido avisada por un sueño de que sería tomado el castillo, y que efectivamente al salir la aurora se vió aproximar el ejército enemigo llevando cada soldado una rama de un árbol; y viéndolo la princesa dijo á su padre: «debes entregaros á discrecion porque llega *Bosque verde*».

Verdad es que el desenlace es diferente, porque el

rey de *Christenberg* no perdió la vida, y obtuvo permiso para retirarse con su familia; en tanto que *Macbeth* quedó en el campo de batalla. Pero qué importa el desenlace! Lo bueno de esta leyenda está en la predicción y en el modo con que se realizó.

Unas cabras descubrieron y mostraron á los mortales el oráculo de Delfos; una vaca dió á conocer á Cadmo el sitio en que debía establecerse; á Enecas le hizo el mismo servicio una leñona, así como entre los modernos ha sido edificada la mas antigua iglesia de Colonia en el paraje designado por el piadoso caballo *Brogfort*; y unas mulas señalaron el sitio en que debía construirse, en el bosque Negro, un monasterio á quien se dió el nombre de *Maulbronn*, es decir, *Fuente de las Mulas*. No sabemos si este caballo *Brogfort* descendió del caballo Pegaso, que nos parece incontestablemente el abuelo de *Curacp de Mahoma* y del hipogrifo de *Atlante*.

El tipo del hombre ansioso de poseer toda la ciencia y sabiduría de este mundo, se llamaba en Alemania en la edad media, el doctor *Faust*; y entre los griegos era *Abaris* el hiperboreo, que corría el mundo á caballo montado en un flecha, así como las brujas van á sus sabatinas sobre un palo de escoba.

Pitágoras, Sócrates, Gerónimo Cordan, tuvieron cada uno su demonio familiar. No hay en Escocia y en Alemania una familia algo distinguida que no tenga su *Dama Blanca*. La casa de Lusignan tenía su *Melusina*, á quien el pueblo llamaba *Merlusina*, y no sin razon, á mi parecer pues esta palabra está en vez de *Mere Lusine*, ó *Lusine*, ó madre de los Lusignans. Esta hada era el tronco de aquella ilustre familia, como se puede ver en la novela de *Raimundin* y *Melusina*, que se conserva en la biblioteca Mazarina, núm. 348. E. Y. á proposito, decimos que la academia francesa no tiene razon en no querer que se diga *Los gritos de Merlusina*, pues en cuanto á proverbios y adagios, el pueblo sabe mas que la academia, y es está la que debe someterse al pueblo.

Vayan otros ejemplos de la coincidencia que hacemos notar. Todos saben que está en las obras de Boccacio la historia de *Griselida*, condesa de Salucio, pero no saben todos que la *Cenicienta*, con su linda Zapatilla, se baila retratada palabra por palabra en un respetable volumen griego *in folio*. En el libro 17 de la geografia de Estrabon, se refiere esa historia, haciéndola pasar como una leyenda egipcia, relativa á una de las pirámides. Bañándose un día la cortisana *Robope*, un águila arrebató de las manos de su camarera un zapato muy pequeño, y le dejó caer en el aposento del rey; asombrado y encantado el Monarca, juró que se casaría con la que tuviese pie tan breve que pudiese calzarle en aquella lindísima chinela. Se presentaron al concurso muchos y varios pies, pero á nadie vino el zapato sino á *Robope*, quien obtuvo por esta causa la prebenda; y en agradecimiento hizo edificar una magullica pirámide para que conservase la memoria de tal suceso. No dicen los historiadores si el reconocimiento se estendió al zapatero, sin embargo parece que el nombre de semejante artista merecía bien haber pasado á la posteridad. Si la chinela mereció una corona y una pirámide, no era mucho un renglon para el que la hizo.

Semejante descubrimiento cieva de repente la *po-bre Cenicienta* á la dignidad de personaje histórico, y coloca al conde *Peersault* en la clase de documento auténtico para servir á la historia de Egipto. ¿No sorprende, á la verdad, ver partir esta leyenda de las orillas del Nilo, anterior á Herodoto ó á Diodoro, para venir á divertir á los niños en el siglo XIX, y suministrar á *Rossini* asunto para una ópera? Mr. *Walker* debía ciertamente haber revelado este secreto á *Rossini*, que lee poco á Estrabon, á las señoras *Monbellé* y *Sontag*, que le han olvidado sin duda, y á *Don Magnífico*, que hubiera crecido mas de una pulgada al verse con títulos de una nobleza tan antigua, como puede serlo la mas añeja.

Varios sábios franceses, alemanes, italianos, y entre otros Mr. *Leclerc*, profesor de Sorbona, traductor de *Ciceron*, han escrito la historia de *Pachinela* con la pluma de *Tácito* y de *Titolivio*. Han dicho ver que



la genealogía de dicho personaje venia nada menos que de los Etruscos: ahora tenemos á la Cenicienta, que es anterior á las pirámides de Egipto. ¿Cuáles son las casas nobles que pueden presentar tantos cuarteles?

Se ha dicho que el terrible *Barba azul*, que mata-
ra tantas mugeres, no era otra cosa que Enrique VIII
de Inglaterra, con quien el pueblo se vengaba haciendo
esa parodia, por no poder vengarse de otro modo.
Con efecto, Enrique VIII se casó sucesivamente con
seis mugeres, y seis eran tambien las que se halla-
ron colgadas en la habitación de *Barba azul*. Algunos
críticos han hecho notar que Enrique VIII tenia la
barba rubia; pero á eso se responde que la variación
de color ha sido inventada á propósito para disimu-
lar una personalidad peligrosa, y que la historia ofrece
á cada paso inexactitudes mas notables que la
transformacion de una barba rubia en una barba
azul.

La idea filosófica que sirve de base á una infinidad de leyendas es la lucha perpetua y encarnizada entre la aristocracia y la democracia, entre el fuerte y el débil, entre el superior y el inferior. El superior se envanece con su fuerza, con su poder, con sus talentos, en fin, con todo aquello en que escede á los otros, y el inferior aspira incesantemente á igualarse con él. De aquí la idea general de que el poder es enemigo del progreso, en tanto que el progreso es esencial á la naturaleza del hombre. Ahora bien, poseyendo los dioses cuanto hay de bello, de bueno y de provechoso, debió nacer desde luego el germen de la discordia entre el cielo y la tierra; descendió al suelo reproduciéndose de mortal en mortal, y circula con todas sus consecuencias en todas las clases de la sociedad. No hay una religion en el mundo, ya sea antigua, ya moderna, que no haya adoptado y proclamado altamente semejante principio. Adán come la manzana prohibida para adquirir la ciencia de su criador: Prometeo roba el fuego celeste, y forma un hombre: los Titanes escalan el Olimpo para destronar á Júpiter: los primeros hombres construyen la torre de Babel, que debia llegar hasta el cielo y librarles de otro diluvio.

Por lo comun el superior defiende sus privilegios valiéndose de la fuerza; y el inferior ataca poniendo en accion la inteligencia, teniendo de este modo á su favor mayor número de probabilidades para el buen éxito. Pero desgraciado de él si sucumbe; entonces la venganza del mas fuerte es desapiadada. Niobe oso juzgarse superior á Latona; sus hijos son heridos por las flechas de Apolo, y la madre convertida en roca. Euryte, en la Odisea, desafia á Apolo al combate del arco, y sucumbe á los tiros del vencedor. El mismo dios desuella á Marsyas; Júpiter aterra con sus rayos á Salomón, porque este quiso imitar el ruido del trueno. La mitología, en fin, está llena de ejemplos semejantes.

¿Y cuántos grandes poetas y adivinos, pues entonces eran una misma y sola cosa, cegaron en castigo de su ciencia profética? Tiresias, Tanyris y Homero son los mas célebres, pero seria muy fácil hacer una grande lista. Entre los griegos pasaba en proverbio que la divinidad era envidiosa, que Pluton tenia celos de los mortales. Tan persuadido se hallaba de esto Polycrates que para espiar su constante prosperidad ante Júpiter, lanzó al mar su magnífico anillo; el dios no quiere admitir esta espionacion, y para conservar intacto el derecho de su venganza, devuelve el anillo valiéndose de un pez: el tirano de Samos entendiéndole inmediatamente lo que quiere decirle la divinidad, y queda sobrecogido de espanto. El lector puede verlo en el *Anillo de Polycrates* de Schiller, en donde este célebre poeta ha desenvuelto elocuentemente esta idea.

No acabariamos si nos propusiésemos citar cuantos ejemplos nos suministra la historia de todos los tiempos; pero bastará lo dicho en apoyo de la proposicion que hemos sentado.



DON PEDRO DE CASTILLA Y SU PRIVADO.

Presenta la historia de tiempo en tiempo ciertos periodos envueltos en oscuras y misteriosas sombras, que tanto se presta á la meditacion del filósofo como á la fantasia del poeta. Limitase la crónica á relatar los sucesos y deja su explicacion á las imaginaciones ardientes que se apoderan de ellos para interpretarlos á su modo. Acaso no se encuentre otra época en la historia de España que mas participe de estas cualidades, que la de D. Pedro de Castilla, pintado por unos, como uno de los mejores soberanos de su edad, protector de los oprimidos aunque severo y riguroso con los nobles turbulentos y desaforados, amigo de la gente humilde, atento solo á quebrar y domar la formidable fuerza y poderio de los grandes y excelente justiciero, pronto siempre á oír las quejas del público y retratado por otros como uno de los reyes mas feroces que se han conocido, depravado y lascivo al par que cruel. Las investigaciones, pues, que se hagan acerca de esta época poco exactamente conocida, en que los cronistas contemporáneos dominados por lastimosas parcialidades han tratado á D. Pedro con mas rigor y menos lisura que conviniere y en que escritores posteriores se han esforzado con empeño en vindicarlo de gran parte de las crueldades que se le atribuyen, no pueden menos de excitar la curiosidad y llamar la atencion.

No tratamos de ocupar la seccion de recuerdos históricos del SEMANARIO justificando ni acriminando la conducta del rey D. Pedro: proponémoslo solo echar una rápida ojeada sobre la privanza de Alburquerque y demostrar el pernicioso influjo que ejerció este favorito sobre aquel monarca durante los primeros años de su reinado, encaminándole por una senda errada y haciendo que dejara sus huellas marcadas por crímenes y crueldades que forzosamente tenian que llenar á Castilla de consternacion y de luto.

Corría el año de 1350 en el cual D. Alonso XI de este nombre, dejó de existir á la sazón que ponía cerco sobre Gibraltar. El mismo día fué jurado rey á los 16 años su hijo D. Pedro, primero y último de este nombre, conocido mas generalmente con el de *Cruel* por unos y el de *Justiciero* por otros, aunque no con razon á nuestro modo de entender por estos, pues dificultosa se nos hace el justificar tanta sangre derramada con que fué empapado el suelo de Castilla.

Comenzó á reinar D. Pedro aun no cumplidos diez

y seis años, teniendo mucho poder sobre el corazón del jóven rey D. Juan Alfonso de Alburquerque persona de ilustre cuna, hijo de Alfonso de Alburquerque y nieto del Rey D. Dionisio de Portugal. Habiale sido encomendada á Alburquerque la educacion y enseñanza de D. Pedro, de la que no se curó como debiera pues segun Mariana dice: *estas faltas y defectos se le aumentaron por ser muy doctinado de D. Juan Alfonso de Alburquerque á quien su padre quando muchacho le dió por ayo.* Sucedióle á D. Juan lo que á todos los favoritos, te-



D. Pedro perdona la vida á un anciano y condena á muerte al hijo que pedía por él.

nia sed de mando, ambicion y altivez, por lo que bien pronto descontentó la mayor parte de la nobleza de

entre las primeras la de más bulto la prision de Doña Leonor de Guzman noble dama con quien habia entretenido amores el difunto Rey D. Alonso y de quien hubo entre otros hijos, los infantes D. Enrique conde Trastámara, rey despues de Castilla, D. Fadrique Maestre de Santiago, D. Fernando Sr. de Ledesma, y D. Tello Señor de Aguilar. Fué el caso que Doña Leonor trató casamiento clandestinamente entre su hijo D. Enrique y Doña Juana nieta del infante D. Manuel, señora de muchos apeteçida por estar dotada de notables prendas, pero que requerida de amores por Don Enrique, le prefirió aun contra el dictámen de su propio hermano D. Fernando de Villena, que opinaba era el infante D. Fernando de Aragon, entre sus pretendientes el que mas la merecía.

No necesitaba de mucho la reija Doña Maria para ensañarse á la primera ocasion contra Doña Leonor de quien habia tenido que sufrir durante la vida de su marido tan poderosos celos. Coloró pues el casamiento como desacato hecho á la persona del Rey no costándole mucho atraer á su partido á D. Juan, quien por complacer á Doña Maria inclinó bien pronto al rey á que decretara la prision. Verificóse esta trasladándola del real alcázar de Sevilla á Carmona; fué este un triste preludio de los males que aquejarían bien pronto á esta desventurada muger! Púsose luego en cobro del infante D. Enrique marchando á las Asturias disfrazado y por caminos desusados, pues temía, no sin razon, el enojo del mal aconsejado rey

Cayó enfermo de gravedad por este tiempo D. Pe-



D. Enrique de Trastámara.

Castilla, contribuyendo á concluir de estraviar el natural del jóven Rey con débiles condescendencias. Fué

dro y desahuciado ya de sus méritos era de ver como el favorito y allegados altercaban sobre el sucesor. Decidióse Alburquerque por el partido de D. Fernando hijo del rey de Aragon, no abrazó este por el mejor sino porque era mas conforme al son de sus intereses, pues soñaba en que D. Fernando se casaria con la viuda Doña Maria y podria seguir de este modo en la privanza, que era lo que mas le importaba.

Desbarató todos estos planes la súbita mejoría de D. Pedro; pusieronse en salvo lo mayor parte de los palaciegos y solo Alburquerque permaneció al lado del rey fiado en la intriga y la mentira como tambien en el ascendiente que sobre él tenia.

Convalecido pues el rey convocó Cortes para Valladolid y saliendo de Sevilla trató de recorrer algunas ciudades y fortalezas á fin de dar las disposiciones mas necesarias á la tranquilidad de sus reinos. Acompañaba en el viaje al rey y reina viuda, en calidad de prisionera Doña Leonor y al pasar por Lerena pidió D. Fadrique, maestro de Santiago, permiso para ver á su madre; tierna en demasia fué esta entrevista como que adivinaban sus corazones que aquellos instantes de mútuo cariño serian los últimos.

Recelábase Alburquerque de la entrevista de madre é hijo y por quitar estorbos y sospechas persuadió al rey encastillara á Doña Leonor en Talavera de donde era alcaide Gutier Fernandez de Toledo persona de toda su confianza. Poco duró la ejecucion de este mandato, pues la reina viuda envió de allí á algunos dias á su escudero Alfonso de Olmedo para que la matase. Bien satisfizo la reina sus enojosos celos pero tambien la aguardaba un tiempo en que su hijo sentiria sobrado los efectos de tan funesta venganza, puesto que aquella sangre cayó sobre las cabezas de sus hermanos que tanto poder y renombre tenian sobre Castilla.

Veamos como se explica en este asunto Lopez de Ayala. «Desde pocos dias envió la reina á un su escudero que decian Alfonso Fernandez de Olmedo y por su mandato mató á la Doña Leonor en el alcazar de Talavera. Y este hecho pesó mucho á muchos del reino ya entendian que por tal hecho como esta podrian venir grandes guerras y escándalos en el reino segun fueron despues por quanto la dicha Doña Leonor habia grandes fixos y parientes en el reino.»

Caminaba el rey hacia Burgos, cuando le salió á recibir Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla, con gran séquito de amigos y parientes, no pudo verle Alburquerque sin temor, rodeado de tanto poder y mas cuando le animaba el resentimiento de que no habia secundado sus miras, tocante á la sucesion de la corona cuando la enfermedad del rey, habiéndose por el contrario decidido en favor de D. Juan Nuñez de Lara de quien el valido habia tenido tanto que temer. Propúsose pues en su ánimo concluir con él, y apenas hubo entrado el rey en Burgos le habló en estos términos: «Señor, V. M. está en los principios de su reinado que quiera el cielo disfrute prolifos años en paz y sosiego, pero para esto es preciso conozcan los vasallos que V. M. sabe hacerse amar de los leales, quanto temer de los inquietos y sediciosos. Hoy se oia strevido Burgos á proponerle á V. M. que entre desarmado y que me aleje de su lado, y con estas condiciones le abrieron las puertas: no hago caso del desaire hecho á mi persona, porque cuando está

herido el decoro del rey no duelen las demas heridas, el agravio hecho á V. M. es el que siento. Agraviado fué de V. M. sin méritos míos el declararme el primer ministro suyo, en mí no puede ser esto culpa ya que no sea mérito; luego si la hay V. M. es el delincuente. Aunque en mí no se hallen méritos, el tener la voluntad de V. M. y el ser inmediato á su persona me daba para no ser despreciado los bastantes. Por arrimados al cuerpo de un santo dantes veneracion al vestido ¿y no merecerá veneracion política por arrimado á un rey su valido?»

«La desestimacion de las reliquias recae en desprecio del santo ¿no será tambien desprecio del rey la desestimacion de su privado? Si V. M. deja pasar estos desahogos sin ejemplar castigo, crecerán con enormidad los desórdenes, porque siendo natural el desear todos los hombres la libertad y el huir la opresion de las Leyes, en breve tiempo cundirá en los reinos lo sedicioso, y un faltando en los súbditos la obediencia le falta al rey el carácter de señor y soberano. Ya veo que no fuera resolucioñ ni fácil ni cuerda, castigar á todos los delinquentes sin perder en Burgos una de las mejores joyas que adornan la corona de Castilla: pero constando que Garcilaso de la Vega, sus venudados, parientes y aliados han sido los principales motores de estos escándalos, como inficionados con los dictámenes de D. Juan Nuñez de Lara á quien le pesó tanto de que V. M. cobrase la salud, que sin duda le debió de matar la pesadumbre porque vivia en su altivez de las esperanzas de coronarse, el castigo de veste y de algunos de sus confederados sonará tanto en Castilla, que no sean necesarios mas avisos para contentener á todos los vasallos en el respeto y la obediencia de su principe, temerán los señores y los nobles viendo que no se perdonó al igual suyo: temerá la nobleza porque el castigo del superior les advertirá que no pueden huir el castigo.»

Hemos insertado casi íntegro este discurso para que por él se vea en lo agudo y capcioso de su argumentacion el modo diestro á la par que perdido, que tenia el valido para seducir al rey. Consignó con él todo lo que deseaba en tales términos que aquella misma noche decretó el rey la muerte de Garcilaso.

Entendió la reina Doña Maria todo lo que pasaba entre Alburquerque y el rey y como no eran celos los que en esta ocasion tenia que vengar, con el intento y esperanza de librar á aquel de la muerte, pasó recado secreto á Garcilaso para que se pusiese en cobro en vez de ir á Palacio pues le iba en ello la vida. Extrañó la inocencia de Garcilaso este aviso y no haciendo caso dándole fortaleza la tranquilidad de su conciencia sin mancha, temeroso de poner su lealtad en duda si rehusaba ir; se presentó al siguiente dia desarmado ante el rey, apenas le vió D. Pedro dió á sus ballesteros orden de prenderle; pidió Garcilaso un confesor y aun á este ruego no se hubiera atendido si casualmente no se hallara presente un clérigo. Retirados á un rincon el confesor y el penitente, Alburquerque el cual tenia al adelantado el odio mayor posible, quiso que el rey resolviese al momento sobre lo que con él habian de hacer; la resolucioñ fué una orden á los ballesteros de asirle y quitarle inmediatamente la vida. Ni los ballesteros al recibir la orden la podian dar crédito, así es que uno de ellos dijo al rey acercándosele; «Señor ¿qué mandais hacer de Gar-

cilasó? —“Mandoos que le mateis respondió D. Pedro.”
—Volvióse entonces el ballestero y descargó su maza sobre la cabeza del adelantado ayudándole en seguida uno de sus compañeros á acabarle á presencia del rey y de su valido. El cadáver ensangrentado fué arrojado por un balcon del campo, donde quedando tendido

le pisó una manada de toros que por allí pasaba hasta que tras de haberle dejado algun tiempo en el mismo sitio se le llevaron y dieron sepultura.

Trágico fin tuvo este rico hombre de Castilla, digno de mejor suerte y todo por sugerencias viles y mezquinas del pérfido favorito! *El odio y la envidia de Al-*



Muerte de Garcilaso.

burquerque dice el cronista D. Alonso Nuñez de Castro: fueron los acusadores, los fiscales, los testigos y todo el proceso contra Garcilaso. No paró aquí su encono, sino que le llevó mas adelante mandando prender á Doña Leonor de Coronado su mujer y á un hijo suyo todavía niño que llevaba el nombre de su padre, que por la muerte de este heredaba el señorío de Vizcaya y en quien no se pudo efectuar la prisión por la lealtad y diligencia de algunos criados y especialmente de su aya que recelosa de que le amenazaba un peligro grave, consiguió llevarle precipitadamente á esconderle en un castillo sitiado en lo mas montuoso de Vizcaya. Pero murió de allí á poco en su asilo y Pedro habiendo preso á los herederos alcanzó lo que codiciaba habia largo tiempo, haciéndose dueño de los dominios de aquella familia infortunada. Consiguió pues con este golpe hacerse temer, pero lo que le importaba así al favorito como al rey era hacerse amar de tan poderosos vasallos.

Pasó el rey de Burgos á Valladolid dondelas córtes se hallaban reunidas; entre otras cosas se trató de darle esposa, conviniéndose al fin en que Doña Blanca hija del duque de Borbon de Francia, tenida por la mas discreta y hermosa entre sus hijas era la mas á propósito.

Concluidas que fueron las córtes tuvo el rey á instancias de Alburquerque una entrevista con el de Portugal en Ciudad-Rodrigo, llevándose el favorito en la mira de reconciliarlos el pensamiento de arrancar mas de este modo su privanza. Hechas las paces

amistosamente partió D. Pedro á las Asturias á castigar la rebelion de su hermano D. Enrique y panaguados. Hallábase este á la sazón en el castillo de Montejo y su muger en la villa de Gijón asistida de varios ricos hombres y caballeros asturianos. Defendieron estos con tanto valor la plaza que se vió el rey precisado á levantar el sitio con la vergonzosa condicion de que ni ellos ni los vasallos del conde harian daño en sus tierras.

Llegamos ya á la época mas sangrienta del reinado de D. Pedro como tambien la mas novelesca, y en la cual intentó el favorito clavar la rueda de su fortuna con un estudiado incidente. *(Concluirá.)*

DE LA MUSICA.

Para las imaginaciones exaltadas y poéticas la existencia está dividida en dos partes; la esperanza y lo pasado.

Estas imaginaciones á su entrada en la vida adoran el porvenir, el amor y la amistad de colores tan brillantes que es imposible que por hermosa que sea la realidad dejen de sufrir crueles desengaños, y que á medida que vayan tocando cada uno de aquellos placeres que se habian figurado no tengan que decir tristemente hurlados y faltos de aliento: *No es mas que esto?* Cuando una á una se han deshojado todas aquellas ilusiones, como se deshoja una rosa al soplo del viento; cuando uno mismo, llevado por un estúpido amor á la sabiduria y á la verdad, ha arrancado

algunas con trabajo, concluyendo por convencerse de que aquella felicidad que coloraba sus sueños no es más que un parto de su imaginación, sucede que se pierde la fé en el porvenir, ó se le encuentra tan poco gustoso que se apartan los labios, y el mismo tiempo pasado nos parece un bien que no podemos dejar de echar menos y nos esforzamos en recordar nuestra vida anterior, alimentándonos con sus reminiscencias. Así es que bendecimos todo lo que nos trae algún recuerdo, todo lo que nos le figura presente y vivo. Al llegar á esta mitad de la vida, no encontramos una flor, un árbol, un tallo de yerba, un sonido, un color ni un perfume que no lleve consigo algún recuerdo.

Por esta razón, á nosotros que la primera vez que vimos la nudosa madre selva fué sobre la tumba de una jóven, el olor de este arbusto nos recuerda siempre un cementerio, y nos parece que el alma aprisionada en el atahud con el cuerpo, sube mezclada en la savia de sus ramas, y se escapa de las flores para volver al cielo en suave perfume. Para nosotros la madre selva huelé á espíritu é inmortalidad. Las enredaderas que gatean agarrándose por las paredes y dejan caer sus flores á manera de campanitas blancas, de color de rosa ó violadas, nos recuerdan un cenador de cierto jardín en donde no podríamos entrar hoy día sin sentirnos con el corazón cruelmente oprimido. Pero lo que sobre todas las cosas nos trae recuerdos completos é intactos, es la música: una sonata que hemos cantado ú oído en tal ó cual época de nuestra vida, es como un cántico mágico que galvaniza un momento de nuestra existencia anterior, y le hace pasar por nuestros sentidos como pasó en otro tiempo.

Es indudable que el anciano á quien le flaquean las rodillas y deja ya caer su cabeza, al oír la canción que con su dulce voz entonaba la primera muger que amó, le vuelve su armonía por cinco minutos á la edad de 17 años, le trae sus ilusiones, su amor, el brillo de sus ojos; aun diría yo que adquiere de nuevo su frescura y su fuerza; pero al menos afirmo que su cabeza y rodillas dejan de temblar, y su pelo parece menos cano.

De la misma manera un aria insignificante para la generalidad, tiene para alguno cierta armonía celestial, porque no es en su oído donde resuena, sino en su corazón.

Nosotros no podemos tararear sin emoción las notas á cuyo compás nos enseñaba los primeros pasos, cuando estábamos en el colegio, nuestro maestro de baile cuyos cuidados fueron, completamente perdidos, porque á pesar de ellos, ninguno en España nos aventaja á bailar mal.

Esta emoción no proviene de que nos acordemos del colegio con pesar, porque en aquella época habíamos sido espulsados ignominiosamente y por otra parte teníamos un profesor con quien perdiendo siempre, nos batíamos un día sí y otro no, estando el del medio destinado á pasarle en el calabozo. Pero en aquel tiempo ocupaba nuestra cabeza y nuestro corazón otra cosa que nos interesaba algo más que el griego, el latín y el baile.

Cuando queremos fijar una época de nuestra vida ó de la historia contemporánea, solemos decir, esto pasó cuando los organillos de los franceses tocaban tal ó cual sonata.

Y creemos que no sería difícil, y sobre todo que debía ser muy exacto, escribir uno mismo la historia de su vida en música, esto es, escribir la canción que se estilaba en cada época; la lectura de estas memorias no presentaría solamente los hechos; nos volvería también las sensaciones y la aptitud para recibirlas. Puesto que hablamos de la música, nos permitiremos emitir una idea que nos ha mortificado mucho, y es que consideramos como una absurda monotonía, acomodar frases á la música. Esta debe subir al cielo llevándose nuestra alma consigo. ¿Por qué se la ha de abrumar con un lenguaje pesado que no sube mas arriba del oído de los hombres? ¿No es ella por sí misma un lenguaje divino? ¿No es ella el lenguaje del alma á las almas, como las palabras el lenguaje de la boca á los oídos, del pensamiento al pensamiento? ¿Por qué hacerla mas embarazosa con una traducción interlineal siempre inexacta? Cuando yo oigo una música, que arrastra atrás si con trabajo palabras toscas, como acostumbran á regalárnosla en los teatros, me parece música contrahecha; se me figura ver un pájaro á quien los niños obligan á tirar de carritos de naípe, cuando él desearía lanzarse sobre la cima de los árboles; creo ver un moscardón atado por la pata á la punta de un hilo. El primero que acomodó palabras á la música era un necio mal organizado, que no pudiendo elevar su alma á la altura de aquella, la hizo bajar al nivel de su poca inteligencia, sirviéndose de las frases como quien se sirve de la munición para hacer caer la alondra que gozosa corta los aires cantando.

EL USO DE LA LIBERTAD.

¡Viva la libertad! Así gritaban juntos con recia voz por largo rato, al verse libres de su duro encierro, una marmota, un gato, un colorín y un perro, que antes en un cortijo suspiraban, víctimas del poder y los caprichos de un labrador aficionado á dichos. ¿Qué se hace, compañeros? preguntó el colorín: pues es costumbre de bestias á la vez y caballeros que el promotor de las cuestiones sea un titere si le hay en la asamblea. Yo, ya que terminó su servidumbre y en ella me enseñaban varios sonos, (prosiguió muy añano) el tema cambiaré de mis canciones y con mil improperios al tirano, toditas, para darle pesadumbre, las cantaré cuando me le balle á mano. Yo, dijo la marmota, buscaré un agujero para dormir en él un año entero. Aquí (el gato exclamó) según se nota, por los collados hay y los ejidos multitud de conejos y de nidos: ya que se me presenta buena traza contrabandista me hago de la caza. Yo, prorrumpió sagez el perdiguero, como que libre y suelto bien me lamo, voy libremente á ver si encuentro un amo. ¡De tan indigno modo empleó la cuadrilla emancipada el rico bien de libertad sagrada! para las almas nobles ella es todo; para el imbécil nada.

J. E. HARTZENBUSCH.